

Sobre la celebración del bicentenario en México

Manuel José Contreras Maya

yo@manueljosecontrerasmaya.org

11 de diciembre de 2009

En este año no se ha dejado de hablar del «bicentenario», que al parecer también contempla el «centenario». Al usar estas palabras así, de manera abstracta, se asume que conocemos el contexto en el que se dicen y lo que significan: se cumplen doscientos años del inicio de la guerra —o revolución— de independencia y cien años del inicio de la revolución, así a secas, que todos sabemos que es la Revolución Mexicana. Estos dos acontecimientos históricos están separados exactamente por cien años y sucedieron en un contexto mundial de movimientos parecidos. El siglo XIX fue para la mayoría de los países latinoamericanos el siglo de la independencia, donde dejaron de ser colonias de países europeos y se convirtieron en estados-naciones modernos. El siglo XX fue, a su vez, en la mayoría de estas nuevas naciones, un periodo de luchas internas, golpes de estado, subida y caída de gobiernos y reformas del estado. Por el contrario, en México se vivió una revolución única en latinoamérica, que creó un sistema de partido de estado que duró en el poder más de setenta años y un sistema político presidencialista que aún nos rige. En Rusia, al mismo tiempo, sucedía algo similar, una revolución que llevaría al poder a un partido de estado. Las grandes diferencias fueron que (1) duraría menos que en México y que de hecho el sistema político que creó se colapsó en 1991, cuando se desintegró la URSS y que, (2) mientras la revolución rusa desplazó totalmente al sistema zarista e instauró un sistema comunista, la mexicana apuntaló al sistema capitalista ya existente.

La guerra de independencia la inicia en 1810 un grupo bajo el mando de un par de sacerdotes (Hidalgo y Morelos) que son ejecutados por el ejército realista (al mando del virrey) en 1811 y 1815 respectivamente. No es sino hasta 1821 cuando se consuma la independencia y el grupo que asume el poder está conformado básicamente por aquellos que diez años antes combatían a Hidalgo y a Morelos. Es decir, quienes

quedan al frente del naciente estado Mexicano son los enemigos de nuestros próceres más importantes. Como consecuencia de la lucha de intereses entre ese nuevo grupo gobernante, el país sufre una caída espectacular en su economía y en su vida política. En la esfera social siguen los abusos de siempre, y la gente común y corriente no percibe una mejora real en su nivel de vida sino sólo se da cuenta de que los dueños del país y detentadores de la riqueza ya son otras personas pero que las prácticas de explotación de los más pobres siguen siendo las mismas.

Los Estados Unidos, al ver tal caos, deciden poner en práctica su política imperialista y comienzan una guerra que tiene como objetivo apoderarse de todo el territorio posible. Lo que logran es arrebatarle a México más de la mitad su territorio. Años después, comienza la lucha interna entre los liberales y los conservadores (guerra de reforma) y que si nos deja algo bueno es que se formaliza la separación iglesia-estado, simbiosis que veníamos arrastrando desde el imperio azteca y que en la colonia se continuó sólo reemplazando a la divinidad. Esta época también nos deja un prócer explotable políticamente, tanto para homenajearlo como para atacarlo: Juárez. Ya había pasado medio siglo desde que Hidalgo supuestamente diera el grito y todavía no nos poníamos de acuerdo para lograr tener un sistema político más o menos estable. Llega entonces el porfiriato, surgido de un golpe de estado, se convierte en una dictadura que dura treinta años y a la que habría que derrocar mediante una revolución que rompería el orden constitucional. Como conclusión, podemos ver que el régimen más estable que nos dejó la independencia no servía para nada y era necesario levantarse en armas para derrocarlo.

Entonces, ¿qué es lo que celebramos en los aniversarios del inicio de la guerra de independencia? ¿que perdimos la mitad del territorio y que tal vez, si no nos hubiéramos independizado de España no lo hubiéramos perdido o tal vez la pérdida no hubiera sido tan cuantiosa? ¿que tenemos una moneda fuerte? ¿que tenemos independencia alimentaria, científica o tecnológica? ¿económica, tal vez? La celebración es ciertamente ruidosa y colorida. Corre el alcohol por nuestras venas, y nos gusta ver a algún político ondear la bandera rememorando el —supuesto, insisto— grito de Hidalgo. Todo parece indicar que es —y ha sido— una celebración utilizada por los grupos en el poder de una manera patrioter para manipular a la gente. Es decir, que utilizan el patriotismo de una manera exagerada para alardear de algo que no conocemos muy bien: el concepto de independencia y todo lo que significa. ¿No sería mejor celebrar discutiendo qué tipo de independencia tenemos, qué independencia anhelamos y cómo la podríamos conseguir? ¿No sería buen momento de dejar

las celebraciones patriotas y hacer un ejercicio serio y honesto de autocrítica? No, eso mete en aprietos a nuestros gobernantes, para ellos lo mejor es comprar muchos foquitos tricolores, ponernos por todas las carreteras de paga del país (por las que seguramente no circuló Hidalgo) letreros que dicen —tanto para el sur como para el norte, oriente o poniente— «Ruta 2010», lo que sea que eso signifique, y celebrar con gran algarabía y sin cuestionamientos del porqué estamos celebrando eso tan abstracto como la independencia y si realmente existe, de hecho pareciera que es un tema tabú. El gobierno actual es tan ciego como el del virrey de hace doscientos años, que no se dio cuenta de lo que venía y pensaba que la Nueva España sobreviviría otros trescientos años. No fue así.

Otro asunto es la revolución, que derrocó a la dictadura de Díaz, desestabilizó el país casi dos décadas (1910-1929), reformó la Constitución para crear un sistema presidencialista sin precedentes y nos dejó al PRI en el poder listo para recibir, cada seis años, al nuevo dictador en turno. El PRI asumió como suyo el lema revolucionario «sufragio efectivo, no reelección» y lo plasmó cientos de miles de veces en cada papel que generó la burocracia priísta. Nada más lejos de la verdad, el sufragio, está lejos de ser efectivo ahora en 2010 y la reelección se dio por medio de la oligarquía gobernante. El principio básico de la democracia establece que el pueblo es el que decide quien gobierna y en México, por lo menos hasta 1994, quien decidía quien era el próximo presidente era el presidente saliente, cabeza del partido y del estado, práctica conocida como el *dedazo*. Las elecciones fueron por setenta años una práctica escenográfica sin valor real. Hubo fraudes electorales, como el de 1988, asesinatos políticos, desapariciones forzadas, grupos paramilitares y muchos desfiles el 20 de noviembre, día de la celebración revolucionaria. La disidencia política de izquierda fue duramente reprimida, y se toleró la disidencia con tendencias de derecha. El PAN fue un partido sin posibilidades reales de ganar por décadas pero al PRI le convenía cierta oposición para guardar las apariencias, sobre todo en el plano internacional. El control político se basó en los cacicazgos y el corporativismo y surgieron personajes tan absurdos y *sui géneris* como Fidel Velázquez, —supuesto— líder sindical que mantuvo a buena parte de la clase obrera oprimida por más de cuarenta años desde una dirigencia vitalicia. En el plano educativo tenemos un retraso alarmante. La clase media trabaja duro para poder dar una «buena educación» a los hijos, lo que significa evitar las escuelas del estado (o de «gobierno», como se les conoce) y pagar escuelas privadas, lo que les consume buena parte de sus ingresos. El sindicato de maestros tiene actualmente

como dirigente vitalicia¹ a Elba Esther Gordillo, un siniestro personaje que utiliza su posición en el sindicato como herramienta política. Hay grabaciones públicas que muestran cómo manipuló ilegalmente votos para favorecer a Felipe Calderón en las elecciones de 2006, elecciones, por cierto, altamente impugnadas. Y este punto nos lleva a voltear a ver el estado de la administración de la justicia que nos ha dejado la revolución. La «justicia» que tenemos es discrecional, ineficiente y con un alto nivel de corrupción. Una herencia del partido de estado es que la policía sirve para crear culpables a necesidad del partido y que los políticos de alto nivel son intocables por la justicia, esto afecta la profesionalización y cultura policial. Así está estructurado nuestro aparato de justicia y la población no confía en él y le teme a la policía. Aunque muy probablemente muchos gobernadores, exgobernadores, expresidentes y el mismo presidente delincan o hayan delinquido desde el poder, no habrá castigo para ellos. Como remate, gracias a los últimos cuatro gobiernos, los grupos más retrógrados de la iglesia católica han retomado algunas de las posiciones de poder perdidas en el siglo XIX.

La economía creció como en casi todo el mundo, con un auge económico de dos décadas y media después de la segunda guerra para entonces entrar en la debacle que aún seguimos viviendo. A partir de los años setenta hemos vivido recesiones, devaluaciones y crisis económicas. El petróleo que tenemos pudo haber sido la piedra angular para impulsar al país a un nivel económico similar al de los países desarrollados pero esta oportunidad fue desperdiciada por el PRI, que debió haber planeado este crecimiento a, por los menos, veinte años. En lugar de eso, robaron a manos llenas la renta petrolera y dejaron que PEMEX se hundiera y no invirtieron en nueva tecnología ni renovaron su planta productiva. La pobreza y el desempleo van en aumento. La distribución de la riqueza es cada vez más inequitativa y existen grandes monopolios² que permiten que una persona amase la mayor fortuna en el mundo y que unas pocas familias controlen de manera discrecional los medios de comunicación masivos dependiendo de sus intereses particulares en las esferas económica y política. La crisis de las instituciones políticas, económicas y electorales es evidente y profunda. Los niveles de inseguridad y criminalidad son cada vez más altos y nos estamos acostumbrando a ver escenas de asesinatos múltiples donde se dejan los cuerpos apilados y desnudos.

¹Como podemos ver, el lema revolucionario de la no reelección no se puso en práctica en el sindicalismo, donde el PRI, para imponer su corporativismo alentó estructuras sindicales que permiten este tipo de aberraciones en un sistema democrático y que se asemejan más a feudos que a sindicatos democráticos.

²A pesar de que el gobierno sostiene que combate este tipo de prácticas.

Escenas sólo vistas en la guerras más cruentas. Nos hemos convertido en el país más violento del orbe en «tiempos de paz».

Entonces, hay que hacernos la misma pregunta, ¿qué celebramos en el centenario del inicio de la revolución? Una revolución que nos dejó instituciones que están deslegitimadas y que no responden más a las necesidades reales de la población. Las celebraciones revolucionarias fueron utilizadas por el PRI como un termómetro para medir y mostrar el nivel de control sobre la población y el nivel de fidelidad al partido. Cuando el PRI dejó el poder la celebración perdió buena parte de su importancia. Es necesario también en este caso —como en el de la celebración de la independencia— dejar las celebraciones escandalosas y patrioterias y hacer un ejercicio de autocrítica. El problema es que la élite política actual no está interesada en ese tipo de propuestas. Ellos se van a afianzar al poder lo más que puedan sin importarles las consecuencias y a utilizar nuestra desgastada y anacrónica revolución como estandarte político. Para ellos, el gobierno es un botín al cual no están dispuestos a renunciar. Le apuestan, como el virrey y el dictador Díaz, a sostenerse en el poder a como dé lugar.

La propuesta

La sociedad civil tiene que ser el motor del cambio. El cambio se logrará no de manera violenta pero sí de manera enérgica y utilizando todos los recursos disponibles a la mano, los legales y legítimos como la resistencia y desobediencia civiles además de incorporar a la lucha todos los adelantos tecnológicos posibles. El objetivo es lograr una reforma del estado que modifique nuestro sistema político para que nuestra nación, en su conjunto, enfrente los nuevos retos de este siglo que serán muy difíciles. Con el sistema que tenemos ahora, seguramente fallaremos y se generará caos. Además de esto, la meta es que los diferentes grupos sociales tengan una interacción más equitativa para que se eleve el nivel educativo y económico de los menos privilegiados y el nivel moral de todos nosotros, sin excepción. Es verdad que los más poderosos deben ceder algo de lo que tienen, deberán acostumbrarse a no acumular tantos excedentes para poder repartir la riqueza de una manera más justa.

Celebremos reivindicando y ejerciendo nuestro derecho a cambiar nuestro sistema político cuando ya no responde a las necesidades de la mayoría de la población, como lo hicieron nuestros compatriotas que iniciaron la lucha por la independencia y la revolución. ¡Adelante! ●